



CAPÍTULO 6

Rabindranath Tagore: avatares de un cosmopolita periférico en el Río de la Plata

*Martín Bergel**

Tagore en Buenos Aires. Yo buscaba algún signo que fuese la visible atestiguación del milagro: una más clara vocación de gracia en el mundo, un color más blando en la brisa, un nunca visto arco iris sobre las azoteas [...] Tagore en Buenos Aires. Sospecho que el sonido de la gloria y nuestro azoramiento rumoroso le han escondido la ciudad. No sé si nuestras calles han traspasado su corazón como espadas, si nuestros patios son cisternas de cielo en su espectáculo del mundo. Siento –y ello me basta– lo aventurero y grato de saber que esas dos grandes realidades, la ciudad natal y Tagore, conviven en el tiempo y se mezclan en dulzura como dos grandes ríos.

Jorge Luis Borges (1924)

Introducción

Las conmemoraciones que engalanaron las celebraciones de los centenarios de las independencias en América Latina, en el ciclo histórico que va de 1910 a mediados de la década de 1920, han tendido a ser enfocadas primordialmente como momentos de escenificación y reforzamiento de identidades nacionales. Resulta indudable que, por la amplia circulación y popularización de motivos y relatos patrióticos que supusieron, tales festividades representaron un jalón de peso en los procesos de construcción de la nación y en las políticas

* Agradezco a Pablo Ortemberg y Rosario Hubert por la lectura y comentarios del texto, así como por la cesión de algunos materiales que me ayudaron a realizarlo.

de nacionalismo cultural en todo el continente. Pero si ello fue así, otras dinámicas propiciadas por esos eventos han llamado menos la atención de los estudiosos. Como ha sido puesto de relieve recientemente, en coexistencia con la movilización de narrativas y símbolos patrios, una trama de elementos propios de **una cultura cosmopolita** también se hizo presente en las celebraciones centenarias (Fernández Bravo, 2006). Y es que lo que una mirada menos circunscripta a los marcos nacionales revela es que esas ceremonias tuvieron lugar en un contexto signado por una notable intensificación de los intercambios y la circulación internacional de ideas, figuras y artefactos culturales. Desde las últimas décadas del siglo XIX, favorecido por cambios tecnológicos y un conjunto de desarrollos de diverso orden, un proceso novedoso de mundialización de la cultura y la política comenzó a desplegarse. Algunos de los más perspicaces observadores contemporáneos registraron esas mutaciones en términos de un verdadero cambio epocal. A mediados de la década de 1920, por caso, el escritor francés Paul Valéry era elocuente al respecto:

Los fenómenos políticos de nuestra época están acompañados y complicados por un cambio sin ejemplo en la escala o, mejor, por un “cambio en el orden de las cosas”. El mundo al que comenzamos a pertenecer, hombres y naciones, es sólo una “figura parecida” al mundo que nos era familiar. El sistema de causas que gobierna la suerte de cada uno de nosotros se extiende en adelante a la totalidad del globo, lo hace resonar por completo a cada conmoción. Ya no hay cuestiones terminadas por haber sido terminadas en un punto. (Cit. en Marramao, 2006: 11)

Los centenarios latinoamericanos se enmarcaron en ese proceso de trastocamiento de la geografía política y cultural del globo. Una de las muestras más palpables de ese “encogimiento del mundo” estuvo dada por la visita en cada conmemoración de una galería de extranjeros ilustres. Invitados para ser testigos y cronistas de esos fenómenos de celebración nacional, su presencia les dio aire cosmopolita y en algunas ocasiones hasta acabó colaborando en ese rediseño de los mapas culturales globales. El viaje del escritor indio Rabindranath Tagore (1861-1941) a la Argentina a fines de 1924 fue una de las más resonantes de esas ocasiones. Su visita, originada en un convite del gobierno peruano del presidente Augusto B. Leguía a participar en las actividades conmemorativas del Centenario de la

batalla de Ayacucho desarrolladas en Lima, contribuyó a dinamizar el proceso latinoamericano de descubrimiento y relectura de esa vasta e imprecisa región del mundo que desde tiempos inmemoriales se conoce bajo el nombre de Oriente. Pero desde su inicio el viaje de Tagore a la región estuvo rodeado de equívocos e imprevistos. A reconstruir esas alternativas, que depararon inesperados efectos, está destinado el presente capítulo.

El embajador del Oriente

Cuando Tagore arribó a la Argentina, en noviembre de 1924, era una personalidad que gozaba de gran notoriedad en todo el mundo. Nacido en Calcuta en el seno de una familia de la aristocracia bengalí muy propensa a las artes y las letras, si en la India sus poemas, canciones, obras de teatro y otros escritos –amén de su actividad como educador y sus posicionamientos como intelectual público– le habían otorgado creciente celebridad ya en el último tramo del siglo XIX, su nombre en cambio demoró en proyectarse al extranjero. Pero cuando lo hizo, pasada ya la frontera de la media centuria de edad, su fama mundial fue súbita. Fue en 1911 cuando, en un viaje que realiza a Estados Unidos e Inglaterra, fue descubierto y celebrado en los ambientes artísticos y literarios londinenses. La llave maestra de su triunfo fue su poemario *Gitanjali*. A partir de vínculos propiciados por el pintor William Rothenstein, la flamante traducción manuscrita de ese texto pasó de mano en mano causando sensación. En sucesivas cenas y veladas literarias, el círculo de quienes se sintieron primero curiosos y luego embelesados por los versos de Tagore se expandió velozmente. Y el éxito arrebatador del libro, que vio la luz a través de la casa Macmillan en marzo de 1913, no se redujo a núcleos especializados: en el siguiente medio año, se reimprimió en diez oportunidades. Como señalan Krishna Dutta y Andrew Robinson, autores de la más completa y equilibrada biografía del escritor bengalí disponible en inglés, “*Gitanjali* fijó la imagen de Tagore en la mentalidad de Occidente de modo irrevocable. Desde entonces sería visto básicamente como un místico, un Hombre Sabio del Oriente” (Dutta y Robinson, 1996: 169).

El 14 de noviembre de 1913, a poco de haber regresado a la escuela de Santiniketan que dirigía en la India, Tagore se enteró de que se le había concedido el premio Nobel de Literatura. La noticia

causó asombro en todo el mundo: se trataba de la primera vez que un escritor no europeo obtenía ese galardón. La sorpresa obedecía además a que la obra del poeta bengalí disponible en idiomas de circulación internacional era reducida y de muy reciente traducción. Según algunas versiones, la premiación había sido impulsada por la Corona de Suecia, luego de un viaje del príncipe Guillermo a la India, para hacer visible la situación colonial de ese país (Larson y Kraus, 1989). Por fuera de esas consideraciones geopolíticas, en las deliberaciones del tribunal parecen haber pesado dos requisitos legados por el mentor del premio, Alfred Nobel: que la condecoración sirviera a los fines de proyectar a figuras excepcionales hasta entonces poco conocidas y que con ella se honrara a quienes cultivasen “tendencias idealistas” (Dutta y Robinson, 1996: 185-186).

Sea como fuere, la conquista del Premio Nobel catapultó al escritor indio al estrellato mundial. Y desde entonces, su estatura de celebridad global no hizo sino acrecentarse. Además de ser traducido y publicado en diversas lenguas, en los veinte años siguientes Tagore viajó incansablemente por todos los continentes. Recorrió en repetidas oportunidades los Estados Unidos y distintos países de Europa, donde brindó continuamente conferencias. También visitó Japón, China y otros varios lugares de Asia y Oceanía. En sus travesías transoceánicas, conoció y se entrevistó con un sinnúmero de intelectuales y figuras públicas y acaparó en todas partes la atención de la prensa.

En cualquier localidad occidental a la que se trasladara, Tagore era percibido como la encarnación viva del Oriente. Su sola presencia convocaba fácilmente tópicos vinculados a la imaginería orientalista tradicional. En sus visitas a ciudades europeas y norteamericanas, por ejemplo, fue habitual que se aludiera a su “carácter misterioso” (Sen, 1966). Pero más allá de esas representaciones clásicas, la recepción del poeta bengalí no pudo estar dissociada del fenómeno más acotado que el historiador Raymond Schwab, en un libro ya clásico, denominó “renacimiento oriental” (Schwab, 1950). Bajo esta rúbrica ese autor colocó la nueva curiosidad que desde fines de siglo XVIII y sobre todo en el siglo XIX embargó a una larga saga de especialistas y literatos occidentales en temas de las culturas del Oriente. Fruto de ese empeño, que derramó ese interés a porciones cada vez mayores de lectores, la cultura europea descubrió y ensalzó los tesoros literarios orientales, de *Las mil y una noches* y las *Rubaiyat* del poeta persa Omar Khayyam al estudio del sánscrito y los

antiguos textos sagrados de la India. Ante esos hechos, que habían cosechado numerosas ramificaciones y ecos positivos, no resulta extraño que tanto el timbre espiritualista de la poesía de Tagore como su mensaje idealista fueran percibidos como una refinada –y a juicio de algunos exquisita– prolongación del misticismo con que se asociaba a esa tradición.

Como ha insistido Edward Said, sin embargo, ese relato de la atracción europea por las riquezas de las culturas orientales se llamaría incompleto si no se considera que en coincidencia con ese ciclo histórico se desarrolló la aventura imperial que culminó con la colonización de la casi totalidad de Asia y África (Said, 1996: 304-305). No obstante, si esa situación de coexistencia y en algunos casos de complicidad entre atracción y sujeción había tenido sede ejemplar en el siglo XIX, cuando Tagore emprendió sus viajes transcontinentales el escenario era muy distinto. En los treinta años que mediaron entre la famosa Conferencia de Berlín de 1884-1885 –en la que las potencias imperialistas discutieron el reparto del globo– y el inicio de la Primera Guerra Mundial, el debate público internacional sobre la cuestión colonial cambió considerablemente. Varios acontecimientos auspiciaron ese desplazamiento. Uno especialmente significativo fue la victoria de Japón sobre Rusia en la guerra de 1904-1905. Diseminada por agencias de noticias de reciente conformación, la noticia del triunfo de una nación no europea sobre otra que sí lo era causó hondo impacto en todo el globo y fue leída en términos que desmentían las jerarquías raciales y culturales que habían primado en la modernidad. Esa novedad provocó entusiasmos y dio vigor a los movimientos de agitación anticolonial (Mishra, 2012: 1-9).

Mientras tanto, en los propios países imperialistas la tesis paternalista hasta entonces hegemónica que justificaba la dominación colonial por sus supuestos fines civilizatorios comenzaba a ser objeto de controversia. Una muestra elocuente de ese cambio de clima ideológico puede observarse en la evolución de la II Internacional, conformada por partidos socialistas en su gran mayoría europeos. Hasta comienzos del siglo XX esa organización participaba globalmente de la impronta misional que legitimaba la empresa imperial y en todo caso criticaba sus abusos o la ineficacia con la que llevaba a cabo sus propósitos declarados. Pero en su Congreso Internacional celebrado en Stuttgart, en 1907, esa situación comenzó a modificarse y, tras acalorados debates, la política colonial recibió un voto de censura. Esas mudanzas se observan también en las paulatinas

variaciones en el vocabulario político de la época: allí donde la prensa de Europa y también de América Latina había observado reyertas y, a lo sumo, rebeliones anticoloniales episódicas, conforme avanzaba el siglo XX, y sobre todo luego de la Primera Guerra Mundial y del establecimiento del principio wilsoniano de autodeterminación de los pueblos, comenzó a circular el lenguaje de la “liberación nacional” (Hobsbawm, 1992: 146).

En virtud de todo ello, es posible afirmar que, si en sus travesías occidentales de la segunda y tercera décadas del siglo Tagore corporizaba la figura que por excelencia traía a colación el Oriente, en esa simbolización se condensaban y superponían diversas capas de sentido relacionadas con tiempos históricos heterogéneos: ciertamente, tanto las que remitían a estereotipos caros al orientalismo tradicional como las vinculadas al fenómeno más reciente del misticismo asociado al renacimiento oriental; pero también las que inevitablemente recordaban el novedoso ciclo contemporáneo de agitación antiimperialista que envolvía al Oriente. Tagore no era Gandhi (cuya fama occidental, de todos modos, halló su despliegue una década después a la del poeta) y su participación de comienzos de siglo en el movimiento nacionalista bengalí había trocado en una toma de distancia que le valdría muchas críticas en su tierra natal. Pero esas vicisitudes tenían el valor de pormenores poco conocidos por la opinión pública occidental, que –si no en explícito primer plano– se ocuparía de establecer conexiones con la situación colonial y con las luchas de su área del mundo de origen.

Tanto esa asociación con el clima de creciente efervescencia anticolonial como, más en general, su ubicación como vocero del Oriente –el detentar una voz autorizada y escuchada en los países occidentales era un privilegio no compartido virtualmente con nadie (Mishra, 2012: 229)– fueron reforzadas por el discurso público de Tagore respecto al Occidente. El escritor bengalí no participaba ciertamente de las posturas de frontal antioccidentalismo que embargaron a muchos de sus compatriotas en la era del ascenso de los clamores independentistas y sus esfuerzos como intelectual global estuvieron destinados al entendimiento entre ambos hemisferios. Pero tampoco compartía la propensión a la aculturación europeizante de parte de las elites bengalíes y asiáticas. Y es que, a su juicio, la civilización occidental promovía relaciones sociales instrumentales y pautas culturales que minaban la libertad y la creatividad de los individuos. El autor de *Gitanjali* no rechazaba los beneficios de los

progresos técnicos y científicos, pero consideraba que el industrialismo y la matriz urbana que se imponían monótonamente con el avance de Occidente sobre el mundo resultaban avasallantes y empobrecedores.

En definitiva, para Tagore la modernidad occidental cercenaba la faceta espiritual de las personas. Esa crucial dimensión de la existencia la reencontraba en cambio en el Oriente y, más precisamente, en Asia. Como ha subrayado Alastair Bonnett, la asociación moderna de este continente con el espiritualismo no es solamente una proyección del Occidente, sino también una invención intelectual de los propios asiáticos. Tagore estuvo a la cabeza de quienes pensaron que Asia podía ser un espacio de trascendencia de las diferencias culturales a partir de una común sensibilidad por las cosas del espíritu, y sus viajes al Japón y la China tuvieron en ese sentido como horizonte la construcción de lazos y empatías capaces de abonar un proyecto panasiático sobre esas bases. Y esa noción buscó confrontarla y a la vez derramarla sobre el Occidente como un aporte a la creación de una humanidad espiritualizada (Bonnett, 2004: 79-106). Sus travesías planetarias estuvieron direccionadas a tal fin, como también lo estuvo la fundación en 1921, junto a Santiniketan, de una universidad destinada a la formación de una elite cultural mundial a la que llamó Visva-Barathi. Por todo ello, pudo decirse recientemente que Tagore fue uno de los artífices del “momento contra-moderno” de la historia del siglo XX en el que, en torno a la Primera Guerra Mundial, se propuso “la creación de una nueva civilización global surgida de un proceso esencialmente cultural y espiritual, en contraste a la unidad política y comercial que la modernidad había traído consigo” (Webb, 2008: 207).

La trama transnacional del viaje a América Latina

Ese discurso que postulaba la necesidad de un universalismo alternativo se afianzaría en la prédica de Tagore en coincidencia con el clima de catástrofe civilizatoria que siguió al inicio de la Guerra Mundial del 14 y al desarrollo de la vocación trashumante que signó las dos décadas siguientes a la obtención del premio Nobel. La primera de sus grandes excursiones, que hicieron que las largas travesías en barco fueran parte importante de su cotidianidad, lo llevó en 1916-1917 al Japón y los Estados Unidos. Fruto de las conferencias y

textos concebidos en ese viaje vería la luz una de sus más importantes obras ensayísticas, *Nationalism*. Para Tagore, el culto moderno a la nación se hallaba entre los fenómenos provenientes de Occidente cuya difusión a escala planetaria era preciso evitar. El nacionalismo construía maquinarias bélicas y de poder que coartaban la autonomía crítica y la esfera moral de las personas. En Tokio, sus intervenciones públicas tuvieron como eje llamar la atención sobre los efectos perniciosos de la deriva nacional-militarista que advertía en el renacimiento japonés; sostuvo: “lo que es peligroso para el Japón no es tanto la imitación de los rasgos externos del Occidente, sino aceptar como propia la fuerza motriz del nacionalismo occidental” (Tagore, 2002: 33).

El escritor bengalí insistiría en esa tesitura antinacionalista en viajes subsiguientes al país nipón. Precisamente, en una de sus estancias allí, a mediados de 1924, se inició la historia que acabaría por vincular a Tagore con América Latina y muy especialmente con la Argentina. Que esa aventura haya comenzado en el otro extremo del mundo resulta indicativo de **la trama transnacional de actores que incidieron** (o buscaron incidir) en el diseño de su viaje hacia ese continente.

Según el relato de Leonard Elmhirst, quien acompañaba como secretario a Tagore en sus viajes desde poco tiempo atrás, el asunto se inició cuando en Tokio: “los representantes diplomáticos de los países latinoamericanos le dieron una recepción y lo instaron a que no retardara su visita a un área donde su obra era tan bien conocida y apreciada” (*Sur*, N° 21, 1961: 40).

Fue a partir de ese contacto que el delegado del Perú lo invitó formalmente a asistir a las celebraciones del Centenario de la batalla de Ayacucho que se realizarían a fines de ese año en Lima, y ofreció sufragar todos los gastos de la travesía. Poco después, en conversaciones con Elmhirst también prometió realizar una donación de 100.000 dólares para la universidad de Visva-Bharati. Otro tanto haría su par de México, el destino siguiente del escritor indio en el plan original de viaje (Dutta y Robinson, 1996: 252). Para quien era denominado *biswakabi* (poeta global) por sus contemporáneos bengalíes (Bose, 2006: 233), la posibilidad de entrar en contacto con un nuevo continente en el que su labor parecía tener favorable acogida debía resultar atractiva en sí misma. Pero las negociaciones entabladas por Elmhirst, referidas en detalle en cartas al hijo del poeta (Kushari Dyson, 1996: 67-68), indican que el dinero ofrecido fue un

factor de peso en las tratativas que definieron el viaje. Las instituciones educativas que había fundado eran uno de los principales desvelos de Tagore y la contribución a su situación financiera que se anunciaba desde América Latina era significativa.

El Centenario de la batalla de Ayacucho se enmarca dentro del “Oncenio” de Augusto B. Leguía, el período de la historia peruana en que esa figura ocupó la presidencia (1919-1930). Durante ese lapso, el país experimentó un sostenido proceso de modernización capitalista. Con el concurso de inversiones y empréstitos provenientes del extranjero, sobre todo de los Estados Unidos, numerosas obras fueron emprendidas. Una nueva red de transporte fue puesta en marcha, al tiempo que se fomentaba el desarrollo urbano y la producción agrícola y minera. Pero el rostro más característico con que la “Patria Nueva” –la significativa autodenominación empleada por el régimen– quiso verse identificada, estuvo dado por los cambios evidenciados en Lima. Durante el Oncenio la capital peruana se transformó “en una ciudad hermosa y moderna, una de las más impresionantes en toda América del Sur, con amplios bulevares, espaciosos parques y elegantes tiendas y hoteles” (Klarén, 2004: 310). Pues bien: parte sustantiva de esas transformaciones estuvo motorizada por la imagen que el gobierno quiso imprimirle a los festejos de los centenarios de la independencia, en 1921, y de la batalla de Ayacucho, tres años después. Esos eventos constituyeron las ocasiones por excelencia en que Leguía procuró proyectar nacional e internacionalmente el rumbo de progreso que había conquistado para su país. Para tal fin, las conmemoraciones de 1924 contaron con un variopinto menú de actividades a desarrollarse durante varias semanas, entre las que se destacaba la presencia de importantes diplomáticos e intelectuales de un amplio abanico de países. De todas las figuras anunciadas, sobresalía la de Tagore (*Mundial*, N° 234, 1924; Sánchez, 1993).

El 24 de septiembre de 1924, a poco de haber regresado a la península india de su periplo en la China y el Japón, Tagore volvía a partir de la ciudad de Colombo (capital de Sri Lanka) en barco a Europa, donde tras una semana de estancia en tierra emprendería un nuevo viaje oceánico con destino sudamericano. Según lo previsto, la puerta de entrada al continente sería Buenos Aires, apenas una breve escala desde donde trasladarse, esta vez por vía terrestre, a Lima. Allí debía llegar la primera semana de diciembre. En su diario de viaje correspondiente a ese día de partida, Tagore, que tenía entonces sesenta y tres años, escribía:

He estado muchas veces en el exterior; al momento de partir, nunca encontré difícil llevar el ancla de mi mente. Esta vez parece estar aferrada a la tierra con demasiada fuerza. De esto puede deducirse fácilmente que debo estar al fin aproximándome a la vejez. No querer partir es el signo de un corazón miserable [...] Y sin embargo, sé que una vez que zarpemos de la orilla el lazo que me retiene se disolverá por sí solo. El joven viajero emergerá en el camino real. Este joven había cantado alguna vez: “Impaciente estoy, anhelante del más allá”. ¿Acaso esta canción ya se ha desvanecido en el viento de la marea? ¿No queda nada de entusiasmo por conocer al distante extranjero, borroso al otro lado del océano? (Tagore, 1962: 3-4)

Pero mientras para llegar a ese rincón del sur Tagore surcaba los mares y océanos del globo imbuido en reflexiones existenciales de ese tenor (su diario de viaje, que cubre sólo el tramo previo a su llegada a Europa, es tan parco en datos y referencias concretas como abundante y florido en las alusiones a las emociones que lo embargaban), la noticia de su próxima visita al Perú había llamado a la acción a figuras ubicadas en distintos puntos del planeta. En esa segunda mitad de 1924, una serie de cartas de circulación transcontinental procuró interferir en el viaje de Tagore.

Acompañando el despliegue de su faz modernizadora, el régimen de Leguía se había constituido progresivamente en un orden de marcados rasgos autoritarios vinculados a las ambiciones del presidente por perpetuarse en el poder y ver entronizada su figura. Como consecuencia de esa deriva autocrática, muchos opositores a su gobierno fueron perseguidos y deportados. Entre ellos sobresalían Víctor Raúl Haya de la Torre y quienes lo secundaban al frente de la Federación de Estudiantes del Perú, un círculo que desde el destierro pronto daría vida a la Alianza Popular Revolucionario Americana, el principal movimiento político de la historia peruana contemporánea. Expulsado de su país en octubre de 1923, Haya inició entonces un exilio proselitista que lo llevó a numerosas ciudades americanas y europeas en las que propagó infatigablemente el nombre y las orientaciones del movimiento político que en esos años había prohiado (Bergel, 2009). En ese contexto, la noticia del viaje de Tagore a su país lo sorprendió en Rusia, adonde había llegado a mediados de 1924 para conocer de cerca el experimento comunista que se llevaba a cabo en ese país. El joven líder peruano escribió

entonces al escritor francés Romain Rolland, a la sazón uno de los intelectuales de mayor renombre en el mundo de posguerra, para ponerlo al corriente de “la verdadera situación dolorosa” existente en el Perú (carta de Víctor Raúl Haya de la Torre a Romain Rolland, Moscú, *Archivo Romain Rolland*, Sala de Manuscritos, Biblioteca Nacional de Francia, 27 de agosto de 1924). Haya, que había desarrollado una estrecha relación con el escritor francés, incluía dentro de ese envío una carta a ser entregada al propio Tagore en la que buscaba advertirlo respecto a la utilización propagandística de su figura por parte de Leguía. La misiva, que nunca llegaría a manos del intelectual bengalí, se publicaría a comienzos de noviembre en Buenos Aires junto a otra de similar propósito del también aprista Manuel Seoane (*Renovación*, N° 11, 1924).

Pero sería Rolland quien asumiría decididamente la tarea de informar a Tagore de la situación peruana para tratar así de evitar la manipulación de su visita. Franco opositor desde el inicio a la guerra del 14, nadie como él ocupó un lugar de conector y organizador de la intelectualidad mundial vinculada al idealismo pacifista de izquierda. Fue en el marco de esa labor que entró en contacto con Tagore, con quien desarrollaría desde entonces una sostenida amistad epistolar. En su diario, Rolland reflejaría la afinidad de propósitos que sentía con el escritor bengalí por compartir un similar horizonte de búsqueda de un entendimiento cultural internacional (Rolland, 1953: 11-13). Pero esa proximidad se había visto además incentivada por la atracción que el escritor francés desarrolló por la India en consonancia con su trajín antibelicista, a partir del cual se transformó en uno de los principales difusores de su “mensaje espiritual”. La máxima expresión de esa tarea sería la biografía que en 1924 consagró a Gandhi, un verdadero espaldarazo al conocimiento del líder indio en Occidente (Fischer, 2004: 126).

Pues bien: desde que Haya de la Torre lo pusiera al tanto del contexto de las fiestas centenarias, Rolland envió sucesivas cartas a Tagore sin hallar respuesta satisfactoria. No resulta claro en este punto si esa correspondencia no llegó nunca a manos del escritor indio, que en esos meses de travesía oceánica no tenía residencia fija, o si desestimó las advertencias de su amigo francés. Un episodio similar le ocurriría poco después en ocasión de su visita a la Italia de Mussolini. Y es que algunas evidencias dispersas parecen indicar que Tagore estaba poco preocupado por tomar conocimiento del lugar al que estaba viajando, al que aludía genéricamente como “Sudamérica”.

Sea como fuere, la situación llegó a exasperar a Rolland. En una carta de fines de octubre, le decía al estudiante indio Kalidas Nag estar “preocupado por el viaje de Tagore a América Latina”. A pesar de sus esfuerzos, no había podido encontrarse con el poeta bengalí en su paso por Europa camino al Atlántico sur. Rolland sólo había recibido “una palabra –cuatro o cinco líneas– de Tagore”, en las que “no hacía ninguna alusión al envío ni a las cartas que le había dirigido [...] sobre América del Sur”. Luego se mostraba abatido:

Estoy completamente triste y ofendido. Hace tres meses que me ocupo de este asunto, que es realmente grave (y todos mis correspondientes en América Latina me confirman la gravedad). Y cuando Tagore llega a Europa, no encuentra el tiempo para avisarme de un momento y de un lugar en los que nos podríamos haber encontrado! (Rolland y Tagore, 1961: 116-117)

Lo cierto es que finalmente Tagore no fue al Perú, y en cambio permaneció casi dos meses en Buenos Aires (donde, según el plan original, debía quedarse apenas unos días), a la postre la única plaza de su viaje latinoamericano. Esa mudanza repentina de planes parece haber respondido a varios factores entrelazados. El principal residió en problemas de salud que Tagore contrajo en el cruce del Atlántico, y que conllevaron que los médicos argentinos que lo atendieron a su arribo señalaran la inconveniencia del trayecto por tierra a Lima. Pero las advertencias sobre el carácter reaccionario de Leguía finalmente también parecen haber tenido algún peso. Según el relato de Elmhirst, al llegar a Buenos Aires los esperaba “una larga carta de Romain Rolland rogando al poeta que bajo ningún pretexto se dejara mezclar en cosas de política latinoamericana” (*Sur*, N° 21, 1961: 40). Gracias al concurso del escritor galo, otras cartas en el mismo sentido, como la enviada desde el Centro de Estudiantes Ariel, de Montevideo, llegaron poco después también a manos de Tagore (Kushari Dyson, 1996: 91). Finalmente, otra imprevista circunstancia jugó un papel en la decisión de primero posponer, y luego cancelar definitivamente, el viaje al Perú: el encuentro con Victoria Ocampo, y a través de ella con Miralrío, la quinta de San Isidro que pondría a su disposición. Ese particular escenario, en el que pasaría semanas de plenitud que recordaría el resto de su vida, configuraría de modo muy especial la visita de Tagore a la Argentina.

La sombra del viajero

El escritor bengalí era una figura ya conocida al arribar al Río de la Plata. Desde la obtención del Premio Nobel, su nombre recurrentemente aparecía mencionado en diarios y revistas de amplia circulación. Muchas de sus obras, además, fueron volcadas rápidamente al castellano. Dentro de la literatura en lengua española, la empresa de traducción de sus libros generalmente se ha asociado a la labor conjunta del poeta español Juan Ramón Jiménez y su mujer Zenobia Camprubí. Pero a esa vía de recepción de alcance hispanoamericano, en Argentina se sumaron otras. Ya en 1913 la revista *Nosotros* traducía y publicaba algunos poemas de *Gitanjali*, y luego se adicionarán refinadas ediciones al cuidado de Carlos Muzzio Sáenz Peña y Joaquín V. González, dos de las figuras de mayor impronta en ese entonces en la traducción y difusión de la literatura oriental. Y es que con varias décadas de retraso respecto a lo ocurrido en Europa, desde fines de siglo XIX una porción de las elites letradas del país y del continente participaba del descubrimiento de las más preciadas obras literarias del Oriente que mencionamos en las primeras páginas de este texto. Finalmente, a esos canales de divulgación de la producción de Tagore hay que añadir, entre las condiciones favorables a la recepción de su visita, un clima intelectual que sintonizaba con algunas de sus orientaciones más reconocibles. En efecto, primero el arielismo y luego la reacción antipositivista y la “nueva sensibilidad” que se desplegaron desde mediados de la década de 1910 (Terán, 2008: 197-208), habían dispuesto un terreno con numerosos puntos de contacto con el espiritualismo de Tagore.

En ese contexto, la visita del escritor indio a Buenos Aires despertó una gran expectación. Su arribo el 6 de noviembre al puerto de la ciudad, junto a su secretario Leonard Elmhirst, recibió una amplia cobertura de todos los medios de prensa. Un periodista de *La Nación* se había adelantado a Montevideo para relatar desde allí los pormenores de su llegada. Según el diario *La Argentina*, una “numerosa concurrencia” había ido a recibir a Tagore. “Pocas veces, en verdad –señalaba el cronista–, una personalidad extranjera que ha venido a visitarnos, produjo el interés de este sacerdote oriental” (*La Argentina*, 7 de noviembre de 1924). En sus reseñas del acontecimiento los periódicos ensalzaban al poeta, y se lamentaban de que hubiera arribado enfermo. Aun así, y a pesar de las reservas

expresadas por Elmhirst, Tagore había accedido a contestar algunas preguntas ante un enjambre de reporteros.

Contra todas las expectativas, esa improvisada rueda de prensa acabaría por ser el único acto público del intelectual bengalí en su estancia argentina, un dato que pone en evidencia el carácter anómalo de su visita dentro del concierto de viajeros culturales que se hizo presente en el país en las primeras décadas del siglo. A fines de 1924 Buenos Aires era una plaza reconocida por la recurrencia con que era frecuentada por ese tipo de figuras, y seguiría siéndolo por varias décadas más. En ese sentido, cuando Tagore llegó a la ciudad ya se hallaban estabilizados ciertos protocolos que habitualmente enmarcaban la visita de esas personalidades ilustres. Pero su estadía en el país sería ajena a algunos de los más caracterizados rasgos de ese modelo.

Uno de ellos reside en el hecho de que el poeta bengalí y su secretario carecían de amistades y vínculos locales. Al llegar a Buenos Aires “no conocíamos a nadie” (*Sur*, N° 21, 1961: 40), recordaba con posterioridad Elmhirst, anotando inadvertidamente un elemento que hace diferencia con los detallados preparativos epistolares de otros viajeros culturales del período, que en esos menesteres a menudo tejieron sólidos lazos con intelectuales nativos a la vez que aseguraron la financiación de sus aventuras en territorio argentino. La suerte de Tagore y Elmhirst en cambio fue mucho más aleatoria, desde que el impulso que los había depositado en Argentina provenía de un tercer espacio, el del Perú. La sede diplomática de ese país en Buenos Aires demoró unos días en contactar al poeta, y cuando lo hizo sólo vino a recordar que ambos viajeros eran aguardados en Lima (el peso del compromiso asumido, así como del origen del dinero que había hecho posible la travesía, harían que Tagore continuara especulando con viajar al Perú aún después de que los médicos se lo hubieran desaconsejado definitivamente). La lista de contactos de figuras latinoamericanas afines enviada por Romain Rolland, por lo demás, parece haberse perdido en el cruce oceánico de alguna carta. En el puerto de Buenos Aires el escritor indio era esperado por un improvisado comité de recepción presidido por Ricardo Rojas, pero el programa de actividades de Tagore todavía era discutido varios días después de su arribo a la ciudad. Según informaba *La Nación*, el 10 de noviembre la comisión se había reunido en el Círculo de la Prensa “para cambiar ideas sobre la mejor forma de presentar su saludo al ilustre huésped” (*La Nación* –en adelante

LN–, 11 de noviembre de 1924). Pero sobre todo, un poco por voluntad propia y otro poco por el celo con el que Elmhirst, en vistas de su salud delicada, había buscado apartarlo de admiradores y curiosos, en sus primeros días en la ciudad Tagore tampoco estableció casi relaciones con figuras locales. La prensa, por su parte, publicaba diariamente notas en las que podía poco más que informar que el poeta se hallaba aún convaleciente y en estado de reposo en su habitación del Plaza Hotel. En esas circunstancias, sólo la aventurada intervención de Victoria Ocampo alteraría decisivamente el panorama de la estancia argentina de Tagore. Enterada de la conveniencia de que la recuperación del poeta se llevase a cabo en un ámbito de sosiego, ofreció a Elmhirst una quinta de San Isidro como sitio de hospedaje. Ese sería el recinto en el que, salvo algunas contadas salidas, el escritor bengalí permanecería hasta su partida a Europa, a comienzos de enero de 1925.

Y todo ello nos reenvía a una segunda y más importante rareza que surge del cotejo del viaje del autor de *Gitanjali* con el de otros extranjeros que visitan Argentina en el mismo período. Como han señalado Gonzalo Aguilar y Mariano Siskind, la estadía en el país de los viajeros culturales de entreguerras se desplegaba típicamente en una serie de actos públicos o “escenas de interpelación” cuyo formato distintivo, singularmente prolífico en el espacio intelectual porteño de entonces, era la conferencia (Aguilar y Siskind, 2002: 372). Casi naturalmente, luego de la llegada de Tagore tanto la prensa como los actores involucrados en su recepción comenzaron a discutir la realización de una o varias disertaciones a cargo del poeta. Según declaraciones hechas en la entrevista colectiva que brindó a su arribo, él mismo había manifestado su intención de “dar algunas conferencias para difundir el conocimiento de mis ideas, e interesar a estos países en la obra del Instituto de Solidaridad Universal” (*La Prensa*, 7 de noviembre de 1924) –es decir, en su universidad de Visva-Barathi–. Nada de eso sin embargo sucedería: aun cuando la estancia de Tagore se prolonga mucho más de lo inicialmente planeado, enclaustrado en Miralrío se guardó de hacer presentación pública alguna.

La ausencia de momentos de exhibición del poeta bengalí iba a ser tanto más notable por cuanto las conferencias de la época no implicaban meramente una instancia de transmisión de un conjunto de verdades, sino también una puesta en escena o *performance*. Tanto o más que las palabras, era la presencia y aun la

corporalidad del visitante extranjero las que comunicaban y eran objeto de atención (Aguilar y Siskind, 2002: 371-373). La prensa del período había registrado esa demanda de representación por parte del público del cuerpo del viajero ilustre, y se ocupaba indefectiblemente de su imagen en reposo o en movimiento. Cada trazo físico o acto de las personalidades célebres que llegaban al país escondía un significado, y los cronistas se entregaban sin demora a interpretarlos. Así, por ejemplo, en una nota de análisis titulada “Cómo habla Waldo Frank” el diario *Crítica* ofrecía gráficos que ilustraban los medios de expresión y la gestualidad del escritor norteamericano en las alocuciones públicas que llevó a cabo en su visita al país de 1929 (*Crítica* –en adelante *C*–, 3 de octubre de 1929).¹ Si todo eso era así por regla general, la excentricidad que suponía la presencia de Tagore, el aclamado escritor de la India, pareció incrementar las ansiedades por conocer cómo efectivamente era y se desenvolvía. Todos los medios gráficos que dieron cuenta de su visita incluyeron fotografías o, en su defecto, ilustraciones del poeta. Y en las contadas ocasiones en que tuvo contacto con la prensa, los reporteros no dejaron de aludir y de inspirarse en su fisonomía. En un acápite titulado “La imagen de Tagore”, el periodista de *La Nación* que cubría su llegada al puerto escribía:

La barba blanca y los cabellos blancos, en bucles retorcidos, rodean el noble rostro moreno; los ojos negrísimos tienen una expresión de dulzura que no podría olvidarse nunca [...] Si de algún poeta pudo decirse que reveló su poesía en el rostro, de ninguno tanto, sin duda, como de Rabindranath Tagore. (*LN*, 7 de noviembre de 1924)

Y sin embargo, esa avidez por ver al escritor bengalí pudo ser muy escasamente satisfecha. Aun cuando a los pocos días Tagore comenzó a recobrar del malestar que lo había aquejado, la cuestión de su salud siguió siendo el argumento aducido para su reclusión en San Isidro. En un comunicado pergeñado por Elmhirst y firmado por el poeta, ésa era la causa alegada:

La recepción de que he sido objeto en la América Latina, y especialmente en la Argentina, ha conmovido profundamente mi corazón. Lamento que las pocas semanas que me restan de permanencia aquí tengan que transcurrir en

1. Ver el capítulo de Miguel Rodríguez Ayçaguer sobre Waldo Frank.

un retiro absoluto, a fin de recobrar fuerzas para mi viaje de regreso a la India. (LN, 16 de noviembre de 1924)

La nota de *La Nación* que reproducía ese texto finalizaba diciendo que “el secretario de Tagore nos pide hagamos saber que el ilustre huésped se ve en la imposibilidad de aceptar ningún compromiso de carácter público”. Como consecuencia de la falta de novedades que ese curso de acción traería aparejado, las notas de prensa vinculadas al poeta comenzaron a espaciarse.

¿A qué obedeció que la estadía de Tagore en Buenos Aires se haya desarrollado de ese modo? Varias razones concurren a dar respuesta. El escritor bengalí era ambivalente respecto a la fama que le tocaba vivir. Las grandes ciudades y las muchedumbres lo atosigaban. Al inicio de su periplo latinoamericano, anotaba en su diario que se sentía liberado porque en el continente que se aprestaba a visitar “no tengo que estar en pose de estudioso”. Y a renglón seguido añadía: “mientras más doy conferencias, más me siento perdido en una niebla envolvente” (Tagore, 1962: 4). Si ese era su ánimo de partida, su decisión de no ir al Perú contribuiría a inhibirlo de efectuar apariciones públicas. En una esporádica salida que realiza a una exposición de arte es fotografiado, y esa imagen rápidamente llega a la prensa peruana, que hace rodar la versión de que el poeta está siendo retenido en territorio argentino. El hecho, que ocasiona un pequeño entuerto diplomático, de acuerdo a Ocampo y Elmhirst confirma la conveniencia del retiro de Tagore (Elmhirst, 1992: 12). Pero más en general, el poeta indio dio muestras continuas de haber hallado en Miralrío un ambiente que era de su profundo agrado. Según le confesaría luego a su secretario, casi nunca como en esas semanas en esa apacible quinta frente al Río de la Plata “su mente había estado tan en paz y al mismo tiempo tan productiva” (Elmhirst, 1992: 12). Años después, en carta también a Elmhirst, el recuerdo de ese escenario adquiriría tintes casi oníricos:

Querido Leonard: he llegado a esa etapa de la vida en la que uno disfruta de hurgar despreocupadamente el tesoro acumulado de los días transcurridos. Justamente el otro día, mientras me encontraba en ese estado, de manera repentina e inexplicable vino a mi mente la mañana de navidad en Argentina en un jardín, entre lechos de cactus florecientes [...] La imagen se me apareció tan distante y sin embargo tan vivamente cercana. Toda la escena era

de carácter exótico, sin ninguna asociación con lo que nos era familiar. Su visión me trajo una felicidad que me hizo entristecer, porque era de una especie que ya no podría ser repetida hoy. (Cit. en Elmhirst, 1992: 13)

La nostalgia de ese entorno y de ese tiempo compartido aparece también reiteradamente en la correspondencia que Victoria Ocampo y Tagore sostuvieron casi hasta el momento de la muerte de éste, en 1941. Como para muchos otros occidentales, la lectura de *Gitanjali*, en 1914, había tenido para la futura directora de *Sur* el valor de una revelación. Su encuentro con ese libro la había conectado con un mundo entero de emociones. “Más que leerlo –rememoraba–, había llorado sobre él” (Ocampo, 1982: 18). Diez años después, el imprevisto anuncio de la visita de Tagore volvía a colmarla de agitadas vibraciones. Según escribiría, “su llegada sería el gran acontecimiento del año. Para mí, fue uno de los grandes acontecimientos de mi vida” (Ocampo, 1983: 13). Beatriz Sarlo ha visto en el vínculo entre Ocampo y el intelectual indio un caso que exhibe las dificultades de la traducción cultural (Sarlo, 1998). Pero si es cierto que entre ellos hubo malentendidos –favorecidos además por las tensiones surgidas de la dinámica de atracciones y celos dentro del triángulo que componían con Elmhirst (Kushari Dyson, 1996)–, en el contexto de los desvíos y equívocos que tramaron el viaje de Tagore a América Latina el nexo establecido entre ambas figuras propició un encuentro singularmente virtuoso que conllevó, además, una serie de consecuencias a futuro. El poeta halló en el espacio acondicionado por Ocampo un ambiente físico y espiritual que alimentó su vocación creativa (allí compuso muchos de los poemas de su libro *Purabi*); además fue en su estancia argentina cuando, a instancias de su anfitriona, comenzó a pintar, una actividad en la que también se destacaría en el último tramo de su vida. Para Victoria Ocampo, por su parte, la relación con Tagore se prolongó en un vínculo con la cultura de la India que reverberaría en múltiples iniciativas y que se expresaría recurrentemente en su revista *Sur* (Gasquet, 2008). Como sea, lo cierto es que el espacio íntimo de experiencia desarrollado en común coadyuvó al aislamiento del escritor bengalí en San Isidro.

Ese confinamiento no significa que el paso de Tagore por Argentina haya transcurrido sin dejar secuelas. Por el contrario: hasta cierto punto, su encierro comportó un enigma que fomentó la

intriga de la opinión pública. El contraste entre la llegada altisonante de un personaje tan curioso y al mismo tiempo amado por muchos lectores, y su sorpresiva reclusión posterior en una finca de las afueras de Buenos Aires, alimentó fantasías populares que redundaron en el reingreso de fórmulas como “artista misterioso” y “sabio del Oriente” para nombrarlo. La prensa no dejaría de reflejar en artículos y comentarios esas inquietudes. *Caras y Caretas* lo denominaba “Rabindranath Tagore, el silencioso”, para agregar a continuación: “cuya presencia armonizadora pesa en el mundo más que la Sociedad de las Naciones” (*Caras y Caretas*, 15 de noviembre de 1924). *Crítica*, por su parte, se hacía eco de versiones que indicaban que el poeta “en lugar de exhibirse y aceptar agasajos, pasea su apostólica figura por las márgenes del río” (C, 10 de diciembre de 1924). En el mismo sentido, Victoria Ocampo refiere que un diario lo presentaba como “el solitario de Punta Chica” (Ocampo, 1983: 61). Y las elucubraciones que despertó su estancia cuasiclandestina en el país traspasaron incluso las fronteras nacionales: a mediados de diciembre un corresponsal del diario chileno *El Mercurio* fue enviado en misión especial a la guarida de San Isidro con el propósito de “descorrer el velo de misterio en que poco después de su llegada se envolvió el maestro Tagore” (*El Mercurio*, 21 de diciembre de 1924).

Quizá pueda concluirse entonces que mientras la modalidad en que se desarrolló la visita del escritor indio lo inhibió de dirigir su palabra a los círculos restringidos que usualmente asistían a las conferencias, esa presencia/ausencia de su paso por Buenos Aires pareció incentivar una serie de mitos y fábulas que le allanaron el camino del público no letrado. Ocampo relata al respecto una anécdota ilustrativa: persuadida de la falta de ropa de Tagore, decidió por su cuenta encargarle un traje en una casa de alta costura de la época. La modista, tras un momento de estupor, le confesó su fascinación por el personaje, y le pidió encarecidamente llevar ella misma el modelo a San Isidro. “Quisiera por lo menos tocarle la barba”, le dijo. “¡Ah! señora, en las fotografías se parece a Dios Padre”. Ocampo accedió, como quien concede juguetonamente una gracia, exigiendo a cambio total discreción. “Acompañé a la triunfante Alice (había tocado la barba blanca) hasta la puerta de calle recomendándole de nuevo silencio absoluto” (Ocampo, 1983: 86-88). El caso ofrece una muestra de las fantasías populares inspiradas por la singular estadía de Tagore en Argentina.

A modo de cierre: Tagore y el orientalismo invertido en la cultura argentina

Mi verdadero hogar está allí donde de cuanto me rodea me llega un llamado que me exige lo mejor que poseo, porque eso inevitablemente me pone en contacto con lo universal.

Carta de Rabindranath Tagore
a Victoria Ocampo, enero de 1925

Según Octavio Paz, en América Latina Tagore “para muchos fue la primera revelación del mundo oriental, hasta entonces sólo abierto a unos cuantos especialistas” (Paz, 1973: 146). La aseveración es correcta sólo hasta cierto punto. En rigor, el del intelectual bengalí fue apenas un caso especialmente destacado dentro de un proceso mucho más amplio de **revalorización del Oriente** (de los diversos fenómenos asociados a ese nombre) que se inició en el continente a fines de siglo XIX y se aceleró sobre todo luego de la Primera Guerra Mundial. En la cultura argentina, esa evolución de la imaginación orientalista supuso una inversión del lugar que hasta entonces le era asignado: allí donde para Sarmiento y la elite intelectual decimonónica el Oriente había funcionado como contramodelo de la sociedad moderna que se aspiraba construir, en las **primeras décadas del siglo XX por primera vez Argentina y América Latina empezaron a pensarse en continuidad antes que en diferencia a un conjunto de realidades políticas y culturales orientales, en una transformación que anunciaba ya el tercermundismo que se desplegaría luego de la Segunda Guerra (Bergel, 2006).**

Ello no significa restarle eficacia específica a la presencia de Tagore en América Latina, que representó efectivamente un hito al interior del proceso que acabamos de mencionar. En concreto, el viaje del que nos hemos ocupado en este texto puso en contacto al poeta bengalí, y por extensión al universo oriental, con dos escenas diferenciadas en las que dejó una marca perdurable. Por un lado, su fantasmática pero persistente presencia ensanchó considerablemente el espacio social en el que hasta entonces había circulado su nombre, llegando a despertar interés y a acicatear la imaginación de franjas de la cultura popular. Por otro, su visita lo enlazó con núcleos determinados del mundo intelectual. En los dos meses que estuvo en Argentina, su residencia en San Isidro se transformó en una suerte de centro de peregrinación que era visitado casi diariamente

por personas y grupos en los que dejó su impronta (Ocampo, 1993: 67-68). La revista *Atlántida*, por caso, publicaba una foto de la entrevista en Miralrío de Tagore con el círculo platense que hacía la revista *Valoraciones* (*Atlántida*, 4 de diciembre de 1924). Al inicio del viaje, además, había acordado enviar colaboraciones a *La Nación* (*LN*, 9 de noviembre de 1924), y en el siguiente año publicaría en exclusividad casi una veintena de textos. Pero por encima de todo, el vínculo más sólido lo estableció por supuesto con Victoria Ocampo, un lazo que le aseguraría a la India un canal de privilegio en el escenario intelectual argentino.

En definitiva, la recepción de Tagore en la Argentina osciló entre el exotismo y el idealismo universal, entre la diferencia cultural y la exaltación de una comunidad superior de valores compartidos. Y si el modo en que se desarrolló la visita del poeta al país por momentos favoreció la primera reacción, su mensaje no necesariamente siempre explícito acompasó el despliegue de la segunda. “No nos conmueve su extrañeza, sino encontrar en él nuestra propia imagen”, había escrito de Tagore el escritor W.B. Yeats en el prólogo a la primera edición inglesa de *Gitanjali* (cit. en Dutta y Robinson, 1996:169). El cosmopolitismo periférico del intelectual de la India, que venía a mostrar que era posible desarrollar una vocación universalista desde fuera de Europa, hizo su camino en la cultura argentina.

Fuentes

Biblioteca Nacional de Francia, Sala de Manuscritos, *Archivo Romain Rolland, Atlántida*

Caras y Caretas

Crítica

El Mercurio (Chile)

La Argentina

La Nación

La Prensa

Mundial (Perú)

Proa

Renovación

Sur

- ELMHIRST, L. (1992), “Personal Memories of Tagore”, en Elmhirst, L. y Tagore, R., *A rich harvest: the complete Tagore. Elmhirst correspondence + other writings*, Mauritius, Éditions de l’Océan indien, pp. 1-15.
- OCAMPO, V. (1982), *Autobiografía IV. Viraje*, Buenos Aires, Sur.
- (1983), *Tagore en las barrancas de San Isidro*, Buenos Aires, Sur.
- ROLLAND, R. (1953), *India, 1915-1943. Tagore-Gandhi-Nehru y los problemas Hindúes*, Buenos Aires, Hachette.
- ROLLAND, R. y R. TAGORE (1961), *Rabindranath Tagore et Romain Rolland. Lettres et autres écrits*, París, Albin Michel.
- SÁNCHEZ, L. A. (1993), “El Centenario de Ayacucho”, *Leguía, el Dictador*, Lima, Pachacutec, pp. 105-106.
- TAGORE, R. (1962), *The diary of a westward voyage*, Nueva York, Asia Pub. House.
- (2002), *Nationalism*, Rupa & Co, Nueva Delhi.

Bibliografía

- AGUILAR, G. y SISKIND, M. (2002), “Viajeros culturales en la Argentina (1928-1942)”, en Jitrik, N. (dir.) y Gramuglio, M.T. (dir. del vol.), *Historia crítica de la literatura argentina, vol. 6. El imperio realista*, Buenos Aires, Emecé, pp. 367-391.
- BERGEL, M. (2006), “Un caso de orientalismo invertido. La *Revista de Oriente* (1925-1926) y los modelos de relevo de la civilización occidental”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 10, pp. 99-117.
- (2009), “Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)”, *EIAL*, vol. 20, N° 1, pp. 41-63.
- BONNETT, A. (2004), *The idea of the West: Culture, Politics and History*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- BOSE, S. (2006), *A Hundred Horizons. The Indian Ocean in the age of Global Empire*, Cambridge-Londres, Harvard University Press.
- DUTTA, K. y ROBINSON, A. (1996), *Rabindranath Tagore. The Myriad-Minded Man*, Nueva York, St. Martin’s Press.
- FERNÁNDEZ BRAVO, A. (2006), “Celebraciones centenarias: nacionalismo y cosmopolitismo en las conmemoraciones de Independencia (Buenos Aires 1910-Río de Janeiro 1922)”, en Andermann, J. y González Stephan, B., *Galerías del progreso: museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 331-372.

- FISHER, D. J. (2004), *Romain Rolland and the politics of intellectual engagement*, Transaction Publishers, Nueva Jersey.
- GASQUET, A. (2008), “El orientalismo argentino (1900-1940). De la revista *Nosotros* al Grupo Sur”, *Working paper*, N° 22, Latin American Studies Center, University of Maryland.
- HOBBSAWM, E. (1992), *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica.
- KLARÉN, P. (2004), *Nación y sociedad en la historia del Perú*, Lima, IEP.
- KUSHARI DYSON, K. (1996), *In your blossoming flower-garden. Rabindranath Tagore and Victoria Ocampo*, Nueva Delhi, Sahitya Akademi.
- LARSON, W. y R. KRAUS (1989), “China’s writers, the Nobel Prize, and the International Politics of Literature”, *The Australian Journal of Chinese Affairs*, N° 21, pp. 143-160.
- MARRAMAQ, G. (2006), *Pasaje a Occidente. Filosofía y Globalización*, Buenos Aires, Katz.
- MISHRA, P. (2012), *From the Ruins of Empire. The Intellectuals who remade Asia*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.
- PAZ, O. (1973), “Los manuscritos de Rabindranath Tagore”, en *El signo y el garabato*, México, J. Moritz, pp. 146-149.
- SAID, E. (1996), *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama.
- SARLO, B. (1998), “Victoria Ocampo o el amor de la cita”, *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*, Buenos Aires, Ariel, pp. 93-194.
- SCHWAB, R. (1950), *La Renaissance Orientale*, París, Payot.
- SEN, N. (1966), “An Aspect of Tagore-Criticism in the West: The Cloud of Mysticism”, *Mafhil*, vol. 3, N° 1, pp. 9-23.
- TERÁN, O. (2008), *Historia de las ideas en Argentina*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- WEBB, A. (2008), “The Countermodern Moment: A World-Historical Perspective on the Thought of Rabindranath Tagore, Muhammad Iqbal and Liang Shuming”, *Journal of World History*, vol. 19, N° 2, pp. 189-212.

